Un Cervantista Portugués

DEL SIGLO XVIII

QUEMADO POR EL SANTO OFICIO DE LA INQUISICIÓN

PARTE PRIMERA

I

Con grandísima concurrencia de público de todas las clases sociales, y con extraordinaria animación, se representaba en el teatro *do Bairro alto* de Lisboa, en la tarde del día 14 de Octubre del año 1733, una comedia titulada *Vida do grande Don Quixote é do gordo Sancho Panza.*

La *platea*, que hoy llamamos patio, no podía contener el inmenso número de espectadores que en ella se apiñaban; los *aposentos* estaban llenos de damas y señores de la primera nobleza de la corte; y hasta en los llamados *camarotes dos frades* se notaban, á través de las espesas celosías que los disimulaban, las

venerables cabezas de los más graves, caracterizados y reverendos padres de todas las órdenes religiosas, sin exceptuar á los señores inquisidores, que muy de propósito y en gran número concurrían siempre á las primeras representaciones, y llenaban el aposento que á ellos estaba reservado.

Importa á los lectores españoles conocer los pormenores de aquella fiesta escénica, porque la obra era tributo de admiración al mayor ingenio de España, al desventurado é inmortal autor de *El Ingenioso hidalgo;* y también porque la vida del desdichado poeta de aquella obra dramática es verdaderamente interesante, y además casi desconocida en nuestra historia literaria.

Representaba una compañía que había recibido lecciones y ejemplo del célebre español Antonio Rodríguez, que de Madrid pasó á Lisboa, donde colmado de aplausos vió correr los últimos años de su dilatada existencia, dejando muchos y buenos discípulos.

La comedia estaba discretamente escrita en lo general, graciosa y ligeramente dialogada, y sostenía el interés de los espectadores, tanto por la variedad incesante de las escenas, que conservaban mucha de la gracia del original, como por los chistes de que estaba salpicada la obra, y que, sin ser áticos ni mucho menos, llenaban las medidas del gusto del auditorio, acostumbrado á obras muy escasas de mérito y de gracia.

En los bancos primeros, cercanos al proscenio, se

veía á casi todos los poetas portugueses de aquel tiempo; medianos algunos, malos, detestables en su mayor número, que acudían á escuchar la nueva producción dramática de un rival favorecido, con disposiciones de ánimo poco benévolas en verdad.

Los aplausos despertaron la emulación de aquellos escritores; el entusiasmo del público la convirtió en envidia; un suceso, puramente casual, vino á trocar aquellas malas pasiones en abierta enemistad y malquerencia.

Después de una escena originalísima, en la que Don Quijote imagina que los encantadores que le persiguen han mudado á su Dulcinea, transformándola en la figura de Sancho Panza, y que fué calurosamente aplaudida, apesar de su equívoca moralidad y subido color (1), *Calíope,* descendiendo de una

(1) Imposible parece que el célebre Bocage formase tan alta idea de esta escena, que hasta le causara extrañeza no se le hubiera ocurrido á *Cervantes.*

«Yendo una vez á visitarlo, durante su última enfermedad (dice »José M.ª de Costa y Silva en su *Diccionario Bibliográfico*), lo en»contré echado de bruces sobre la cama, con un libro en la mano y »riendo como un bobo.—¿Qué libro es ese, le pregunté, que así pro»voca tu hilaridad?—Son las óperas del judío, me contestó, y hallé »aquí en la *Vida de Don Quixote* una idea tan bufa, tan extravagan»te, que me admiro de que se le escapara á *Cervantes.* Y después de »nuevas carcajadas leyó lo siguiente:» (La escena que dejamos indicada en el texto, que es la XVIII de la ópera.) «Concluída la lectura, »muchas veces interrumpida por la risa, prosiguió Bocage: — Vamos, »¿qué te parece? ¿No es éste un remedio del original muy gracioso y »muy propio? ¿Y el judío no supo sacar de él un gran partido produ»ciendo una escena muy cómica? ¡Oh! Esta idea debió ocurrírsele á »*Miguel de Cervantes.*»

nube, arrebató en ella á Don Quijote y á Sancho para llevarlos en socorro del Númen Délfico. Se mudó el teatro en el Monte-Parnaso, y apareció el Dios Apolo rodeado de un enjambre de malos poetas, con los que reñía porfiada batalla. Allí fué Troya.

. . . . . .

—Esperad, bastardos hijos, exclamaba Apolo, que presto vendrá quien sepa vengarme de vuestras injurias.

—Ya no te reconocemos por Dios de la poesía, señor Apolo, gritaban á su vez los poetillas memos; pues cualquiera de nosotros es un Apolo, y cada idea nuestra una nueva Musa.

Apolo.—¿Así os atrevéis á profanar el decoro que se debe á mis apolíneos rayos?

Poetas.—Toquemos á embestir el Parnaso. (*Caen de una nube Don Quijote, Sancho y Caliope.*)

Apolo.—En hora buena vengas, valiente Don Quijote, que sólo tu espada puede asegurarme en el trono y conservar mis laureles. Ven, ven á vengarme de estos poetastros, que sin más armas que su presunción, quieren, no tan sólo emular mi plectro, sino despojarme del Parnaso; y como son las armas y las letras tan fidelísimas compañeras, quiero valerme de tus armas para restauración de mi ciencia; y como esta violencia que se me hace no desdice de las empresas de tus caballerías, te ruego y llamo para que me acorras.

Don Quijote.—Señor Apolo, yo tomo sobre mí su desagravio, y ya desde ahora puede sentarse

tranquilo en su trono, que nadie será osado á tocarle.

Sancho.—Señor Don Quijote, yo cuido que estoy soñando. Que entre Vm. en el Parnaso no es extraño, porque es algo loco y locos aquí vienen; pero que yo siendo un ignorante esté también á su lado, es lo que me admira; y de ello vengo á concluir que no hay bolonio que no se cuele hoy día en el Parnaso.

Don Quijote.—Y dígame por su vida, señor Apolo, ¿cómo se llaman esos poetas que de tal manera os persiguen?

Apolo.—Pues esa es la desgracia, amigo Don Quijote, que los poetas que me afligen no son de nombre, y con todo cada uno se cree que tiene más que yo mismo.

Don Quijote.—Decidme, poetas de aguachirle; decidme, ranas que graznáis en el charco de Catalina; decidme, cisnes contrahechos, que os zambullís en el lodo de Hipocrene, ¿con qué méritos contáis para competir con el Dios de la Poesía...?

. . . . . .

Ya desde el principio de la escena los aplausos intencionados se habían repetido con mucha frecuencia, y más de un chusco dirigía sus miradas á los bancos ocupados por los poetas; pero al llegar á este punto, al apostrofar Don Quijote á los *poetas de aguachirle*, los aplausos fueron generales, las risas continuas, y todos se volvían á mirar á los escritorzuelos, que sufrieron avergonzados una rechifla estrepitosa.

La ira que aquellos poetastros no podían entonces desahogar sobre el público maligno, descargó sobre el inocente autor de la comedia.

—¡Es un bufón!—decían.

—Es un judío, y obra como tal;—añadían otros.

—Bien se descubre el rabo de sus malas creencias al través de sus intencionados chistes...

—Y después de todo, esto no es más que una mala copia de un célebre escritor español;—decía un tercero en voz alta y campanuda para que llegase á los oídos de la multitud, que se apiñaba á las puertas de la botillería durante el entreacto.

Bajaban de sus *aposentos* los señores inquisidores, y un escritor mal intencionado, llamado Lobo Correa, se atrevió á decir:

—En efecto, asoma el rabo del judío en muchos lugares de la comedia; y es que se va olvidando el autor de que existen en Portugal vigilantes centinelas de la fe, que ya en otra ocasión le obligaron á la abjuración *de levi,* por haberse burlado de doctrinas sustentadas por autores católicos!!

No lo dijo á sordos. Al día siguiente estaban sobre la mesa del Calificador del Santo Oficio todos los escritos del poeta dramático autor de la comedia *Do Grande Don Quixote é do gordo Sancho Panza*, y se comenzaba una información secreta de su vida y costumbres, que andando el tiempo produjo funestos resultados.

Veamos lo que averiguó la Inquisición.

II

Antonio José de Silva, que en aquella sazón ejercía ya con crédito la profesión de abogado en la ciudad de Lisboa, era hijo de otro notable jurisconsulto, Juan Méndez de Silva, y de su legítima esposa Lorenza Coutinho.

Había nacido en Río Janeiro en el año 1705, y allí corrieron tranquilos los primeros años de su existencia, dando singulares muestras de felicísimo ingenio y disposiciones nada comunes para todo género de estudios.

Trasladada á Lisboa la familia, ya en el año 1726, era Antonio José bachiller en leyes por la Universidad de Coimbra, donde en la temprana edad de veinte años había llamado la atención por su claro entendimiento, su aplicación extraordinaria, y más que nada por su carácter franco, alegre, jovial y decidor, que le había granjeado muchos y buenos amigos. Estas mismas condiciones de carácter le trajeron muy luego un grave disgusto.

Ejerciendo la abogacía con asiduidad al lado de su padre, iba adquiriendo buen concepto como jurisconsulto entre los más principales señores de la nobleza, y graves y doctos magistrados; al paso que por sus aficiones literarias y la oportunidad de sus composiciones poéticas, era recibido con especial agrado en todas las reuniones de la capital.

Entre los nobles que con mayor amistad le distin-